

obras será la que nos conducirá al puerto seguro de salvacion. Procuremos por lo tanto cumplir con cuanto nos prescribe la divina ley que profesamos: seamos humildes, obedientes, caritativos, miremos con desprecio las vanidades y locuras de este mundo seductor: pongamos nuestros ojos en Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fé, y procuremos adorarle en espíritu y verdad, y de este modo le seremos agradables, y nos haremos merecedores á recibir la recompensa de la fé, que es la bienaventuranza ofrecida á aquellos que en el bien obrar perseveren hasta el fin.

Dulcísimo Redentor de nuestras almas: es verdad que hasta aquí hemos sido tibios en la fé; que nuestras obras no han estado conformes con las leyes que nos habeis dejado prescritas, pero ahora que conocemos nuestro error, os pedimos perdon de nuestras pasadas infidelidades, y ofrecemos que en adelante serán tales nuestras obras, que ellas sean un verdadero testimonio de nuestra fé de cristianos. Concedednos vuestros auxilios, ayudados con los cuales, viviremos como verdaderos hijos vuestros, á fin de que teniendo la dicha de morir en la fé de la Iglesia Católica, merezcamos un día veros y adoraros en la gloria. *Amen.*

SERMON

PARA EL VIERNES

DESPUES DE LA CUARTA DOMINICA DE CUARESMA.

Gravedad del pecado mortal, y estragos que causa en el alma del que tiene la desgracia de cometerle.

Tollite lapidem.
Quitad la losa.

Joan. cap. XI, v. 39.

¡Cuán misericordiosa es para nosotros la Iglesia nuestra Madre! Si en todos tiempos vela incansable por nuestra salvacion, y llama á las puertas de nuestro corazon, parece que redobla sus esfuerzos en la Santa Cuaresma, con el santo objeto de hacernos entrar dentro de nosotros mismos, para que reconociendo nuestros estravíos entremos en el redil del rebaño de Jesucristo, del que nos apartamos por el pecado. A este fin, su primer cuidado en el primer dia de Cuaresma, fué recordarnos con la ceremonia de imponer la ceniza en nuestra cabeza, que somos polvo, y que en polvo nos hemos de convertir. Hízonos conocer lo bre-

ve de nuestra vida, exhortándonos á tener presente la memoria de la muerte, como preservativo para no caer en el pecado. Poniendo despues á nuestra consideracion diversos pasajes evangélicos, nos ha hecho ver cuáles son los caminos que conducen al cielo, y cuánta es la felicidad de aquellas criaturas que sometándose á la doctrina del Salvador, se apartan de los senderos que cubiertos de flores nos presenta el mundo para perdernos. Nos ha enseñado las obras de santificación, hablándonos del ayuno, de la oracion y de la limosna. Llamando nuestra atencion á la piscina de Jerusalem, donde yacia aquel paralítico á quien Jesucristo concediera la salud, nos ha hecho ver la necesidad en que estamos de acudir á la saludable piscina de la penitencia, para conseguir en ella la salud del alma, curándonos con sus aguas de la parálisis del pecado. Hoy insta de nuevo, y refiriéndonos uno de los portentos mas admirables que obrára Jesucristo durante el tiempo de su predicacion, se propone hacernos ver la gravedad del pecado mortal, y los estragos que causa en el alma del que le comete.

En efecto, habia cuatro dias que Lázaro, á quien el Salvador honró con el título de amigo, y que era hermano de Marta y de María Magdalena habia muerto. Jesucristo se propuso desde luego darle de nuevo la vida, y para ello se dirige á la Judea, no obstante los ruegos de sus discípulos que querian disuadirle de ir á donde poco antes le habian querido apedrear. Marta, habiendo sabido que Jesus venia, le salió á recibir, y llena de fé en su poder le dijo: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto: mas tambien sé que todo lo que pidieres á Dios, te será otorgado. Jesus le hace ver que resucitará su hermano

porque El es la resurreccion y la vida. María á quien su hermana llama, dice tambien al Salvador: si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto. Dirijióse Jesucristo al sepulcro, y lo primero que hizo fué decir: *Quitad la losa*. Marta, hermana del difunto, le dice: Señor, ya hiede, porque es muerto de cuatro dias. ¿No te he dicho, contesta el Salvador, que si creyeres verás la gloria de Dios? Quitaron, pues, la losa, y Jesus alzando los ojos á lo alto, dijo: «Padre, gracias te doy, porque me has oido: yo bien sabia que siempre me oyes: mas por el pueblo que está alrededor lo dije, para que crean que tú me has enviado.» Y habiendo dicho esto, gritó en alta voz diciendo: «Lázaro, ven fuera.» Y en el mismo punto salió el que habia estado muerto, atados los piés y las manos con vendas, y cubierto el rostro con un sudario. Jesus les dijo: «desatadle, y dejadle ir.» Por esto muchos de los judíos que habian venido á ver á María y á Marta, y vieron lo que hizo Jesus, creyeron en él.

Tal es, mis hermanos, el grande y asombroso milagro hecho por el Salvador, que nos refiere minuciosamente el Evangelio de hoy. Aunque cada una de las palabras que contiene esta narracion divina, da materia para útiles y saludables reflexiones, yo he parado particularmente mi atencion en aquellas palabras: *Tollite lapidem*, quitad la piedra. A la voz omnipotente del Salvador pudo haberse levantado por sí misma la piedra que cubrió el sepulcro, como se levantó Lázaro, no obstante estar ligado de piés y manos. Entonces ¿por qué manda el Salvador quitar la losa? Para enseñarnos y darnos á conocer, que si queremos resucitar á la vida de la gracia, es necesario é indispensable que quitemos la losa del pecado. Esto es lo que desea la

Iglesia nuestra Madre, y con el designio de animaros á que así lo hagais, mediante á que Lázaro muerto nos representa al pecador muerto por la culpa, voy á hacer os ver la *gravedad del pecado mortal*, en la primera parte del discurso, y los *funestos efectos que causa en el alma del que lo comete*, en la segunda. De este modo os decidireis á quitar la losa del pecado para resucitar á la vida de la gracia.

Unid ante todo vuestras oraciones á las mias, á fin de alcanzar de Dios nuestro Señor los auxilios de su gracia, por la mediacion de la Reina de los ángeles María Santísima, Madre de Dios y nuestra, saludándola reverentes con las espresiones del ángel. *Ave Maria.*

PARTE PRIMERA.

Cuando considero la grandeza de Dios, y lo mucho que ha hecho siempre en favor de las criaturas, y por otra parte la ingratitud del hombre que, olvidado que á él debe su existencia, cuanto es y posee, desobedece su divina ley, entregándose á los vicios y placeres que prohíbe terminantemente, no me causa admiracion alguna que haya preparado un infierno de eterna pena para castigo de los pecadores; antes por el contrario considero en esto un efecto de su divina justicia.

En efecto, cristianos: para que comprendais toda la gravedad del pecado, recordad que por haberlo cometido nuestros primeros padres en el Paraiso, quedó tan infinitamente ofendida la magestad de Dios, que fué necesario que su Divino Hijo descendiese del cielo á la tierra, y se revistiese de nuestra humana naturaleza, para ofrecerse víctima en el árbol de la Cruz, y lavar-

nos con su deificada sangre, toda vez que de la tierra solo podia nacer el hombre, llevando grabada en su frente la inscripcion de su desgracia, y por sí mismo no podia conseguir el remedio. Un diluvio universal acabó con todos los vivientes á escepcion de Noé y su familia, únicos que no habian ofendido á Dios por el pecado. Si el fuego consumió á las ciudades nefandas, no fué sino castigo por sus horrendos pecados. Por su codicia fué Achan castigado en su persona, y en todo lo que le pertenecía (1). Mostrándose avaros los hijos de Samuel, dieron ocasion á que los ancianos pidiesen un rey, y Dios dispuso para su castigo que perdiesen sus derechos, eligiendo por rey á Saul (2), el que á su vez fué tambien castigado por desobediente á Dios con la pérdida del reino (3). Por rebelarse Absalon contra su padre David, murió del modo mas horroroso (4). Por escandaloso y mal hijo fué Cham maldito de su padre (5). Si los descendientes de Noé fueron soberbios, y se propusieron edificar una torre que llegase hasta el cielo, el Señor los castigó terriblemente, confundiendo su lengua, y esparciéndolos de aquel lugar por todas las tierras (6).

Tan cierto es, mis amadísimos hermanos, que Dios nuestro Señor ha castigado con rigor á toda suerte de pecadores. ¿Y acaso lo estrañareis? Considerad os ruego, quién es aquel á quien ofendeis por el pecado, y desde luego comprendereis la gravedad de vuestras faltas. Por el pecado se ofende á aquel Dios Todopode-

- (1) Josué cap. VII, v. 21.
- (2) I. Reg. cap. VIII, v. 3.
- (3) Ibid. cap. XV, v. 23.
- (4) II. Reg. cap. XVII, v. 9.
- (5) Génes. cap. IX.
- (6) Gén. cap. XI, v. 9.

roso, que nos crió de la nada, y dándonos un alma racional con potencias que la ennoblecen, haciéndonos de este modo á su imágen y semejanza. ¡Cuánta bondad! ¿Qué benignidad tan inesplicable! Se ofende á un Dios que compadecido de nuestra miseria, se revistió de la humana naturaleza y nos redimió con el precio de su preciosísima sangre, pasión y muerte: á un Dios cuya Providencia nos sostiene, nos conserva la salud y nos da auxilios sin los cuales pereceríamos: á un Dios cuyo amor hácia nosotros, llegó al exceso, digámoslo así, determinando permanecer en nuestra compañía y para nuestro consuelo, oculto en el Santísimo Sacramento de nuestros altares: á un Dios en suma, que con solo un acto de su voluntad puede reducirnos á menudo polvo, y condenarnos para siempre. ¿Habeis ya visto la magestad y grandeza del Dios á quien ofendemos por el pecado? Pues contemplad ahora, quién es el hombre que tiene el atrevimiento de ofenderle, y esta consideracion no podrá menos de abismarnos, puesto que mil veces hemos tenido la desgracia de caer en el pecado. ¿Quién es el hombre? ¿Cuál es su poder? ¿Cuál su grandeza? ¿Cuál su permanencia sobre la tierra?

¡Ah! el hombre no es otra cosa sino un poco de barro de la tierra, animado por el soplo omnipotente de Dios: la bondad eterna le constituyó rey de la naturaleza, y no estaba sujeto á incomodidad alguna: ni el rigor de las estaciones le hacian impresion, ni se conjuraban contra él los elementos ni las fieras mas feroces. Pero el pecado le redujo al estado mas miserable, y no obstante haber sido redimido por el gran sacrificio del monte de las calaveras, se ensoberbece olvidado de su pequeñez y su miseria: rodeado de mil pe-

ligros, cercado de grandes escollos, abatido de enfermedades continuas, aspiramos á una grandeza y unos bienes que han de durar cuatro dias, y se han de desvanecer como el humo, ó como la sombra que pasa con rapidez. La muerte que no respeta edad, condicion ni circunstancia alguna: la muerte que con la misma serenidad entra en el palacio del monarca que en la humilde choza del pastor, arrebatada al hombre y le conduce al sepulcro, ora se halle en el mas delicioso festin, ora entregado á profundizar las ciencias, ya cubra su cuerpo con púrpura y grana, ya se resguarde del frio, bajo pobre y movediza cabaña. Ved aquí, el hombre: ved su fortaleza. ¡Cuántas empresas proyectadas desbarató la muerte! ¡Cuántos proyectos disipados! ¡Cuántos planes de ambicion sin poderse realizar! Pues este hombre tan pobre y tan miserable: este hombre que tan corto tiempo vive sobre la tierra, es quien se atreve á ofender al Dios que siempre existe, al Dios que dispone de nuestra existencia con mas libertad que el alfarero puede disponer del objeto que forma con el barro que maneja.

Quando vuestros hijos ó dependientes se insubordinan contra vosotros, ¿no os affigís y os quejais amargamente, porque han faltado á sus deberes rompiendo los lazos que les unen á vosotros? ¿No os escandalizais de semejante conducta? ¿No lo referís á vuestros amigos con lágrimas en los ojos? Ahora bien: si Dios es nuestro Padre que nos crió, si por él existimos, nos movemos y somos, como dice el Apóstol, ¿no tendrá un derecho indisputable á nuestro amor, vasallaje y respeto? Aunque esto no se nos ordenase en el primer mandamiento de nuestra divina ley, la misma razon natural nos lo persuade: nos ligan para